

Espasa Calpe, Madrid, 1983.

© Ciro Alegría

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2006

Av. Panteón, Foro Libertador, Edif. Archivo General
de la Nación, P.B. Caracas-Venezuela 1010

TELEFS.: (58-0212) 5642469 - 8084492/4986/4165

TELEFAX: 5641411

CORREO ELECTRÓNICO:

elperroylaranaediciones@gmail.com

EDICIÓN AL CUIDADO DE

Coral Pérez

TRANSCRIPCIÓN

Omar Moreno

CORRECCIÓN

Carlos Ávila

DIAGRAMACIÓN

Mónica Piscitelli

MONTAJE DE PORTADA

Francisco Contreras

DISEÑO DE PORTADA

Carlos Zepa

IMAGEN DE PORTADA

Mapa *Novus Atlas* del cartógrafo

Joan Blaeu, Amsterdam, 1635

ISBN 978-980-396-489-4

lf 40220078001359

La *Colección Los ríos profundos*, haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza.

Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar.

Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie *Clásicos* concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y *Contemporáneos* reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

Fundación Editorial



elperroy larana

Nota a la edición

9

Las fábulas y leyendas de esta antología de
Ciro Alegría pertenecen a varios de sus libros: *El
sol de los jaguares* (cuentos), *La serpiente de oro*
(novela), *Los perros hambrientos* (novela) y *El
mundo es ancho y ajeno* (novela).

El sapo y el urubú

CHILE

13

¿Saben, niños, por qué el sapo tiene manchas y protuberancias en el lomo? Pues porque se golpeó.

Antes de tal accidente mostraba, sin duda, una espalda pulida y lustrosa, de la cual se enorgullecería ante los otros animales acuáticos, pues ya sabemos que el sapo anda siempre hinchado de vanidad.

Sucedió que el sapo y el urubú, o sea, el buitre, fueron invitados a una fiesta que se iba a realizar en el cielo de los animales.

El urubú, después de hacer sus preparativos, fue donde el sapo con el fin de burlarse de él. Lo encontró entre los juncos de un charco, croando de la manera más melodiosa que le era posible. Es que estaba adiestrando la voz.

—Compadre —le dijo el urubú—, me han contado que irás a la fiesta del cielo.

—Desde luego —contestó el sapo, muy satisfecho—, saldré mañana temprano hacia allá. Me invitan debido a mi gran habilidad de cantante...

—Yo también iré —afirmó el urubú, para que el sapo se dejara de jactancias ante un testigo que lo iba a sorprender mintiendo.

—¡Magnífico! —exclamó el sapo—, y espero que estarás ensayando tu instrumento.

Se refería a la guitarra, a la que era muy aficionado el urubú.

Como éste lo mirara un tanto asombrado, pues no esperaba tales alardes, el sapo agregó, dándose importancia:

—Sí, compadre, iré. Una ascensión me será bastante útil para el vigor del cuerpo y el esparcimiento del espíritu, pues la vida rutinaria me disgusta...

En seguida volvió las espaldas al urubú y siguió croando a voz en cuello. Al oírlo se estremecían hasta los juncos.

El urubú se quedó convencido de que el sapo era un gran farsante.

Al otro día, muy de mañana, el urubú estaba posado en la rama de un arbusto y se alisaba las negras plumas, preparándose para el viaje, cuando se le presentó el sapo. La guitarra se encontraba en

el suelo, ya lista, pues el urubú la estuvo templando durante la noche.

—Buenos días —saludó el sapo.

—Buenos días —le contestó el urubú, con cierto tono de burla.

—Como yo avanzo con mucha lentitud —exclamó el sapo—, he resuelto irme primero. Así es que ya nos veremos. Hasta luego...

—Hasta luego —respondió el urubú, sin mirar al sapo, y pensando que salía con esa propuesta para escabullirse por allí y no quedar en vergüenza.

Pero lo que hizo el sapo fue meterse, a escondidas, en la guitarra.

El urubú se pasó el pico por las plumas hasta que quedaron relucientes y, en seguida, cogió su instrumento y levantó el vuelo.

Entusiasmado como iba con la perspectiva de la fiesta, no advirtió que su guitarra tenía más peso que el de costumbre. Volaba impetuosamente, y pronto dejó tras sí las nubes y luego la luna y las estrellas.

Al llegar al cielo, que, como ya hemos dicho, era el cielo de los animales, le preguntaron por el sapo.

—¿Green que va a venir? —contestó el urubú—. Veo que ustedes se han olvidado del sapo. Si en la tierra apenas marcha a saltos, ¿piensan que puede remontarse hasta esta altura? Es seguro que no vendrá...

—¿Por qué no lo trajiste? —demandó el pato, que tenía cierta simpatía por el sapo debido a su común afición al agua.

—Porque no acostumbro cargar piedras —respondió el urubú. Dicho esto, dejó a un lado su guitarra y, esperando que llegara el momento de la música, se puso a conversar con el loro.

Entonces el sapo salió de su escondite y apareció de improviso ante la concurrencia, más hinchado y orgulloso que de costumbre. Como es natural, lo recibieron con gran asombro, en medio de aplausos y felicitaciones. Al mismo tiempo, se reían del urubú. Alguien contó, por lo bajo, la forma en que viajó el sapo, y el urubú, al notar que rezongaban de él, se sentía muy incómodo.

Después comenzó la fiesta.

Repetimos que ése era el cielo de los animales. Todos estaban allí felices y contentos.

El burro ya no sufría los palos del amo ni el caballo los espolazos, pudiendo ambos estar quietos o galopando según su gusto.

El león conversaba tranquilamente con la oveja, que disfrutaba de un verde prado.

Del mismo modo, el puma se entendía bien con el venado, y el ñandú corría solamente cuando se le antojaba, pues no había allí gauchos que lo persiguieran con boleadoras.

Los monos tenían árboles cuajados de frutos, que compartían con pájaros felices, pues nadie les robaba sus nidos.

En fin, no había animal que se encontrara triste, por falta de alimentos o por la persecución de otro animal o del hombre.

Las palomas revoloteaban sobre ese cuadro de felicidad, llevando en el pico la rama del olivo de la paz con más éxito que en la tierra.

Para mejor, todos se dedicaban a cultivar el canto, el baile o el instrumento de su preferencia. Y era precisamente para lucir sus habilidades que se realizaba la fiesta.

Llegado el momento, el elefante soplabla el clarinete, los pájaros hacían sonar las flautas, la serpiente de cascabel agitaba uno muy grande, la jirafa se entendía con el saxófono, el grillo tocaba su violincito de una sola cuerda y la tortuga golpeaba el bombo con mucha compostura.

En cuanto a canto, el león rugía una melodía severa y profunda, el caballo relinchaba un aria, el gato maullaba una patética serenata, y el gallo, de todos modos, lo hacía mejor que cuando quiso actuar en Bremen.

No nos hemos olvidado del burro, que tiene también potente voz, pero haciendo honor a su nombre, no había logrado perfeccionarse, por lo cual los demás animales le pidieron que no desafinara. Estaba por allí tocando, discretamente, el triángulo.

La música celestial contaba también con el silbo, a cargo de la vizcacha, que lo hacía tan bien como el mirlo.

Quien bailaba era el oso, bamboleándose muy gustosamente, sin tener que obedecer ya el látigo del gitano.

También hacían piruetas los monos, a quienes fue imposible sujetar, y ni qué decir que las ardillas se movían más que nunca.

Desde luego que el buitre, invitado para refuerzo de la orquesta, rasgueaba su guitarra con gran entusiasmo, y el sapo, que era partidario de formar un orfeón, daba unos “do de pecho” con una voz de tenor bastante apreciable.

A todo esto, el loro hablaba y lanzaba vivas en todos los idiomas.

El sapo no las tenía todas consigo pensando en la vuelta y por eso, aprovechando un momento en que eran mayores la alegría y el alboroto, se metió de nuevo en la caja de la guitarra.

Terminada la fiesta, nadie notó su ausencia a la hora de despedirse. Nadie, salvo el urubú, que le guardaba rencor por haberlo puesto en ridículo.

Éste echó a volar al fin hacia la tierra y, como ya estaba receloso, advirtió el mayor peso de su instrumento.

Como no residía de firme en el cielo, tenía aún malos sentimientos, y se propuso vengarse del

20 sapo que, por la misma razón de no vivir allí, se encontraba aún a merced de las trapacerías de sus enemigos.

El urubú voló sin hacer ninguna investigación hasta que le fue posible distinguir el suelo. En ese momento estaba también bajo la luna y, dando inclinación a la guitarra para que la luz entrara en la caja, distinguió al pobre sapo acurrucado en el fondo de ella.

—Sal de ahí —gritó el urubú.

—Por favor, no me echés —rogó el sapo, angustiosamente.

—¿No eres capaz de volar hasta el cielo? Sal, sal pronto —insistió el urubú.

—No, no puedo salir, porque tú me arrojarás... —se lamentaba el sapo.

El urubú continuó exigiéndole que saliera, cosa que no pudo conseguir, pues el sapo, de ningún modo quería exponerse a caer. Por último, el urubú volteó y agitó la guitarra hasta que consiguió disparar por los aires al clandestino ocupante.

El sapo movía las patas, cayendo vertiginosamente.

Por mucha que fuera la velocidad, la distancia era también muy grande, y el choque demoraba. El pobre sapo tuvo entonces tiempo para pensar y lamentarse:

—Ojalá no caiga en rocas ni piedras —decía—. Ojalá caiga en una laguna..., o en arena..., o en blanda yerba...

El urubú, entretanto, le gritaba:

—¡Qué rápido vuelas!... ¡Sin duda fue un águila tu madre!...

El pobre sapo ni le oía.

En cierto momento le pareció que caería en una laguna, pero un ventarrón lo alejó, haciéndole perder esa esperanza.

Luego creyó que se precipitaba sobre un prado, y, por último, sobre un frondoso ombú; mas siguió apartándose de la dirección de estos lugares.

Ahí estaban unos largos y duros caminos. Ahí, unos roquedales. Ahí, el patio de una casa.

Descendía dando volteretas, pues el viento arreció. Por último, cerró los ojos, prefiriendo no ver el sitio en el cual iba a estrellarse.

Al fin llegó. Se dio contra el suelo, de espaldas, en un lugar lleno de piedras.

Quedóse sin sentido y, cuando despertó, andaba rengueando más que nunca, y pasaron muchos días antes que se repusiera completamente.

Pero el golpe había sido tan fuerte que la espalda le quedó para siempre manchada y llena de protuberancias.

He ahí, pues, la razón por la cual el pobre sapo tiene tan fea presencia. También dicen que debido al golpe se le malogró la voz, pero esto no se puede asegurar.

El tigre negro y el venado blanco

23

BRASILEÑA DE ORIGEN GUARANÍ

El tigre negro, el más feroz y vigoroso de los animales de la selva, buscaba un lugar para construir su casa y lo encontró junto a un río. Al venado blanco, el más tímido y frágil de los animales de la selva, le pasó cosa igual. Eligieron el mismo lugar: un hermoso sitio, sombreado de árboles y con abundante agua.

Al día siguiente, antes de que saliera el sol, el venado blanco abatió el herbazal y cortó los árboles. Después marchóse y llegó el tigre negro que, al ver tales aprestos, exclamó:

—Es Tupa (el dios de la selva) que ha venido a ayudarme...

Y se puso a trabajar con los árboles cortados.

Cuando el venado blanco llegó al día siguiente, exclamó a su vez:

—¡Qué bueno es Tupa: ha venido a ayudarme!...

Techó la casa, la dividió en dos habitaciones y se instaló en una de ellas.

Cuando llegó el tigre negro y vio la casa terminada, creyó que ello era obra de Tupa y se instaló en la otra habitación. Pero al día siguiente se encontraron al salir, comprendiendo entonces lo ocurrido. El venado blanco dijo:

—Ha de ser Tupa quien ha dispuesto que vivamos juntos. ¿Quieres que vivamos juntos?

El tigre negro aceptó:

—Sí, vivamos juntos. Hoy iré yo a buscar la comida y mañana irás tú...

Se fue por el bosque y regresó a la media noche, cargando un venado rojo, que arrojó ante su socio diciéndole:

—Toma: haz la comida.

El venado blanco, temblando de miedo y de horror, preparó la comida, pero no probó ni un bocado de ella. Todavía más: ni siquiera durmió en toda la noche. Temía que su feroz compañero sintiera hambre.

Al día siguiente le tocó al venado blanco buscar la comida y se fue por el bosque. ¿Qué haría? Encontró un tigre dormido, un tigre más grande que su compañero, e imaginó un plan. Buscó al

oso hormiguero, que es muy forzado, y le dijo:

—Allí hay un tigre dormido. Estaba diciendo que tú no tienes fuerza...

El oso hormiguero fue calladamente hacia el tigre, lo apretó entre sus poderosos brazos y lo ahogó.

El venado blanco arrastró el tigre muerto hasta la casa y dijo, poniéndolo ante los pies del tigre negro, despreciativamente:

—Toma, come: eso es lo poco que pude encontrar...

El tigre negro no dijo nada, pero se quedó lleno de recelo. No comió nada tampoco. En la noche no durmió ninguno de los dos. El venado blanco esperaba la venganza del tigre negro y éste temía ser muerto como lo había sido otro tigre mayor.

Ya de día, ambos se caían de sueño. La cabeza del venado blanco golpeó la pared que separaba las habitaciones. El tigre negro creyó que su compañero iba a atacarlo y echóse a correr. Pero hizo ruido con sus garras y creyendo el venado blanco igual cosa del otro, salió también precipitadamente.

Y la casa quedó abandonada...

La leyenda del nopal

MÉXICO

27

El nopal es una de las plantas más conocidas en América. Raro será el país de América donde no crezca. En algunos como Chile y Perú, se le conoce con el nombre de tuna u otras variaciones.

Aún sobre las rocas, en las tierras improductivas, allí donde otros vegetales no prosperan, se levanta, desafiando todas las inclemencias.

Tiene más o menos diez pies de altura. Sus hojas ovaladas son grandes y carnosas, de un nítido tono verde, erizadas de púas, y crecen, unas al borde de las otras, de muy original manera.

Sobre las hojas nacen las flores, de un intenso color encarnado. Y las flores maduran en un fruto de cáscara amarilla e interior sonrosado.

El fruto se halla también erizado de espinas, y esto lo hace parecer esquivo, pero una vez que se le separa, brinda una pulpa fresca y dulce.

Nadie que haya caminado por tierras de América dejó de probarlo en alguna oportunidad. Como repetimos, se produce en todos nuestros

28 países, y esto es tanto más raro cuanto que en el Nuevo Continente, de una zona a otra, hay gran diferencia de climas y, por lo tanto, de plantas.

Pero es México el país donde, sin duda, más abunda. Figura inclusive en el Escudo Nacional. Sobre un nopal se afirma el águila de alas entreabiertas, que tiene prisionera a la serpiente.

Y es también en México donde aún se conoce la vieja y hermosa leyenda azteca que cuenta el origen del nopal.

Dice así:

Fue en el principio del principio, cuando el belicoso y fiero Huitzilopochtli, dios de la guerra, abandonó a su hermana Malinalxochitl, para marcharse lejos a fundar un reino para su pueblo.

La abandonada, cuyo nombre significa flor de malinali (ésta es una planta textil), quedóse en una región montañosa y selvática, deplorando su desventura, acompañada de unos cuantos súbditos. Pero era esforzada y valerosa y logró fundar el reino de Malinalco, que quiere decir lugar donde hay malinali.

Su hijo, Copil —nombre que significa corona—, crecía oyendo de labios de su madre el relato de la mala acción de Huitzilopochtli. En su pecho, día a día, iba creciendo el deseo de encontrarse alguna vez con el dios cruel.

Y pasaban los años.

Y llegó el tiempo en que Copil estaba ya convertido en un gallardo mancebo, de negra cabellera y cuerpo atlético, diestro en todos los lances de la caza y de la guerra. Escuchando las quejas de su madre, había jurado castigar la ofensa, y consideró llegado el momento de hacerlo. Era fuerte y resuelto y le parecía que nada podría impedirle el cumplimiento de sus propósitos.

Y un día, Copil cogió su chimalli (escudo) y su macana (maza con puntas) y partió en busca de Huitzilopochtli.

Pero antes de seguir adelante con la aventura de Copil nos parece necesario dar una idea de quién era Huitzilopochtli.

Su nombre, según unos, significa colibrí zurdo, y, según otros, colibrí siniestro, terrible o lúgubre. Sin entrar en consideraciones sobre el origen del

nombre, diremos que, dado el carácter de Huitzilopochtli, la segunda significación le viene mejor.

Era un dios cruel, que se complacía en la guerra, la sangre y la muerte. Cuando del supuesto paso suyo por la tierra no quedaba sino la leyenda y él entraba ya inmovilizado, convertido en una rígida figura de ídolo, los aztecas le elevaron templos donde lo adoraban, rindiéndole el más extraño y feroz culto.

La creencia de los indios hacía figurar a Huitzilopochtli como si fuera el sol, el que cada mañana libraba combate con la luna y las estrellas, a fin de ganar un nuevo día para los hombres.

Para llevar a cabo esta tremenda lucha y, además, debido a que era dios, tenía que alimentarse de la esencia de la vida del hombre, es decir, del corazón y la sangre. Por eso se le ofrecían sacrificios humanos.

Cuando llegó Cortez, este culto se hallaba en todo su apogeo.

Año tras año se ofrendaba a Huitzilopochtli la inmolación de millares de vidas humanas. Los esclavos inútiles y los prisioneros de guerra eran muertos ante él.

Y para tener abundancia de víctimas, los aztecas, que se consideraban el pueblo elegido para servir al dios, emprendían guerras no para someter nuevos pueblos ni cobrar tributos, sino con el único objeto de hacer prisioneros destinados al sacrificio.

Esas guerras recibieron el nombre de guerras floridas, y para ellas las tribus vecinas tenían que padecer una metódica devastación.

Cortez y los suyos también fueron codiciados para ofrendarlos a Huitzilopochtli y, a fin de cogerlos vivos, los indios se exponían valientemente a las armas de los blancos, sufriendo verdaderas carnicerías, sin que jamás logaran atrapar para el sacrificio a uno solo de los españoles.

El rito del mencionado sacrificio era muy cruel.

Llegado el día, las víctimas eran atadas, frente al dios, en un altar de piedra cuya forma hacía que sobresaliera el tórax.

Luego el sacerdote, provisto de un cuchillo de pedernal, les partía el pecho de un golpe, introducía la mano y arrancaba el corazón ofrendándolo, aún palpitante, al fiero Huitzilopochtli.

Cuando el prisionero que se iba a sacrificar se había distinguido por su valor, se ofrecía el sacrificio gladiatorio. Éste consistía en hacer luchar a la víctima para que tuviera el honor de caer combatiendo o también para brindarle la oportunidad de salvarse.

El preso tenía que pelear con cuatro caballeros aztecas, armados de espadas con navajas de rocas en los filos, pero la que a él le daban no las tenía, llevando, en cambio, unas bolitas de plumón, lo cual quería indicar que sería sacrificado.

Su padrino de lucha, que estaba vestido de oso, le entregaba también cuatro garrotes de pino para que los disparara contra sus adversarios.

Uno a uno se le iban enfrentando los caballeros aztecas hasta que lo vencían. Si por casualidad el preso derrotaba a los cuatro, salía un quinto combatiente azteca, que era zurdo y que, por lo general, acababa con el valiente. El hecho de ser zurdo le daba una especial ventaja, pues los guerreros, como es natural, estaban acostumbrados a pelear con adversarios que manejaban el arma con la mano derecha.

Pero hubo un guerrero de la tribu de los Tlaxcaltecas, llamado Tlahuicole, que venció a los cinco. Los aztecas admiraban el valor y la habilidad para la lucha, y por esto fue perdonado.

Después de algún tiempo, Tlahuicole recibió el mando de las fuerzas aztecas en una campaña contra los indios tarascos. Mas, cuando acabó la guerra, él prefirió morir a seguir cautivo y fue al fin sacrificado.

Cortez, desde luego, prohibió el bárbaro culto, pero quien primero quiso acabar con el dios de la guerra fue Copil.

En eso estábamos y volvamos, pues, a nuestra leyenda.

Ya hemos dicho que el hijo de Malinalxochitl dejó su lugar para ir en pos del dios Huitzilopochtli. Todos los obstáculos que podría ofrecerle la naturaleza eran pequeños ante sus fuerzas y su vehemencia. Caminó día y noche, dejando atrás cerros, bosques y llanos.

Alumbrado por el “glorioso sol americano” que ha cantado Gabriela Mistral, por la luna y las luciérnagas —esas grandes luciérnagas que tejen

mil hilos de luz en la densa noche del trópico—, anduvo sin darse reposo hasta que al fin arribó a las fértiles comarcas habitadas por la mexihka. En ellas crecía el maíz de hojas de esmeralda y grandes y apretadas mazorcas.

Ardoroso como era, Copil iba pregonando la necesidad de exterminar a Huitzilopochtli y sus gentes, por ser elementos sanguinarios, dañinos y crueles...

Después de cruzar por la zona feraz, llegó, por fin, a Chapultepec, lugar donde estaba Huitzilopochtli.

Copil examinó la naturaleza del terreno y todas las características que ofrecía la situación y se dio cuenta de que no podría cumplir su empresa solo, pues le sería necesaria la ayuda de los guerreros de Malinalco.

Chapultepec, morada del dios de guerra, es una montaña donde ahora hay un castillo y un hermoso paseo de la ciudad de México, y en esos días era una isla del lago salado de Texcoco.

Copil fue a Malinalco a demandar el concurso de sus guerreros y regresó con mil de ellos para que le ayudaran a cumplir su juramento, mas sus intenciones

fueron pronto conocidas por Huitzilopochtli, pues, como ya hemos referido, el joven iba voceando sus propósitos.

El fiero dios se llenó de ira y no envió guerreros al encuentro de Copil, sino a los teopixque (sacerdotes) a quienes les dio esta orden:

—Sacadle el corazón y traédmelo como ofrenda.

Los sacerdotes, sabiendo que Copil había acampado cerca con todos sus guerreros, deliberaron sobre lo que más les convenía hacer y resolvieron aguardar la noche. Y una vez que las sombras nocturnas se apretaron sobre Chapultepec y sus contornos, ellos bogaron silenciosamente por las aguas del lago oscurecido y luego saltaron a tierra dirigiéndose al lugar donde esperaban encontrar a Copil.

Dormía el jefe y dormían sus guerreros.

Avanzando sin hacer ruido, con la mayor cautela, entre los cuerpos adormecidos por el profundo sueño que produce el cansancio de las marchas, los sacerdotes se encontraron por fin al hijo de Malinalxochitl.